

3 Mesa 1.1. Conflicto en Ucrania

3.1 «Impacto sistémico de la guerra de Ucrania»

Autor: Josep Baqués Quesada

Resumen

Más allá del frente de la guerra, el conflicto de Ucrania ha mostrado una fractura profunda en la sociedad internacional, mientras ha certificado la crisis de organizaciones internacionales como la ONU o la UE. En cambio, el grupo BRICS ha sumado nuevos miembros. Todo ello obliga a replantear la distribución de poder mundial, ya no unipolar, constatando el final de la hipótesis de Fukuyama así como el regreso de la hipótesis de Huntington, tamizada por Duguin.

Palabras clave

Guerra, orden mundial, Rusia, China, Estados Unidos.

Cómo citar este documento

Baqués Quesada, J. (2025). Impacto sistémico de la guerra de Ucrania. *I Jornadas Geopolíticas del IEEE*. Segovia, La Granja de San Ildefonso.

3.1.1 Antecedentes

La invasión rusa de Ucrania ha tenido un gran impacto en el sistema político mundial. Desde las primeras votaciones de condena, en la Asamblea General de la ONU, se pudo comprobar que pocos Estados votaban contra la propuesta de condena, pero muchos (más de medio centenar) se abstendían o ausentaban para no condenar.

Eso evidencia una primera fractura en la sociedad internacional (hablar de comunidad es excesivo). Más grave es que los Estados que no condenaban representaban más del 50 % de la población y la economía mundiales. Lógico, asumiendo que ahí estaban China e India. Así como la mayoría de los países musulmanes (normalmente, muy poblados). En esa primera votación, varias parejas de teóricos enemigos (India y Pakistán, Marruecos y Argelia) optaron por la misma opción —no condenar—. El caso indio es interesante. Tras el final de la Guerra Fría, Washington trató de integrarla en su órbita, para presionar a China dados los conflictos fronterizos sino-indios. Como muestra, su inclusión en el QUAD (Australia, Estados Unidos, India y Japón). Pero su papel en la guerra de Ucrania da que pensar: comprar hidrocarburos a Rusia, refinarlos y venderlos, más caros a los países de Europa occidental. Lo que, unido a su doble membresía en el grupo BRICS y en la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) deja poco margen para dudar. India es India y solo se sirve a sí misma. Pero está claro a qué árbol prefiere arrimarse para lograrlo.

De hecho, los BRICS han crecido en plena guerra. Etiopía, Egipto o Irán (cerca o ligeramente por encima de los cien millones de habitantes cada uno), además de Emiratos Árabes Unidos, han formalizado el ingreso. Pero, es más espectacular el aluvión de Estados que han accedido al estatus de «asociados» a los BRICS. Entre ellos Indonesia, Nigeria, Malasia (quinientos millones de habitantes, entre los dos primeros) o algún miembro de la OTAN, como Turquía. Ahí aparece un bloque competidor del G7 a todos los niveles (también ideológico).

Ello está en la explicación de las razones por las cuales los paquetes de sanciones económicas más grandes jamás vistos en la historia han tenido un efecto limitado, pese a sus expectativas. De hecho, algunos de los Estados que votaron en la Asamblea General de la ONU por la condena de la invasión tampoco las han aplicado (Turquía, para empezar).

3.1.2 Pilares que se hunden

La propia ONU es una de las grandes damnificadas por la guerra. Llamada a evitar guerras o a restaurar la paz en caso de que estallen, se ha mostrado ineficaz, hasta un extremo rayano con la irrelevancia. Bien es verdad que su papel no fue más egregio en la también ilegal invasión de Irak en 2003. Pero, últimamente, han aparecido demasiados fiascos juntos. Al triste papel desempeñado en Ucrania se une su no más lucido rol en la subsiguiente guerra de Gaza. Entonces, la clave de bóveda de la arquitectura de seguridad internacional diseñada tras la Segunda Guerra Mundial muestra su futilidad.

No le ha ido mejor a esa eterna promesa que es la UE. Adalid de las sanciones a Rusia; sus miembros han sido los principales perjudicados por su efecto búmeran —con casos dramáticos como el de Alemania, otrora motor de Europa—. Pero no es lo peor para las ambiciones europeas. Hay que recordar la falta de unión interna. A la voz discordante de Hungría se puede sumar la de Eslovaquia. Y ojo a Croacia —que ya está dentro— y a Serbia —todavía fuera— pues ambos mantienen una agenda propia, más cercana a Rusia y a China que a Bruselas. Todos los casos combinan criterios económicos e ideológicos (o de valores). Lo que agrava el diagnóstico. Europa muestra sus costuras, justo cuando desde Washington se cuestiona el vínculo transatlántico. Se acumulan las malas noticias. A perro flaco...

Otro fenómeno destacable es que, en plena guerra, África ha expulsado a Francia (y a Estados Unidos de Níger) en beneficio de la compañía militar privada rusa Grupo Wagner. La penetración sino-rusa en el Magreb y el Sahel ya era evidente antes de febrero de 2022. Pero es llamativo que esta guerra, en vez de ralentizarla, la ha acelerado (en el tiempo y en el espacio). Rusia lo venía trabajando a través de sendas cumbres africanas (Sochi en 2019 y San Petersburgo en 2023), lo que demuestra que hay una estrategia subyacente.

Pero la guerra es la guerra... Mientras la destrucción asola Ucrania y Rusia se desgasta, China aparece como la gran beneficiaria. En los próximos lustros, tendrá a Rusia comiendo de su mano, mientras sigue desarrollando nuevas tecnologías (con logros sonados de última hora en el campo de la inteligencia artificial o IA y en la conquista del espacio exterior). Algo está cambiando. O, al menos, emergiendo.

3.1.3 Los expertos nunca fueron tan optimistas

Los expertos estadounidenses en Relaciones Internacionales y geopolítica hablan de un mundo unipolar solo hasta finales de la última década del siglo xx. Es decir, que eso habría durado una década (los años noventa del siglo xx —por emplear dos fechas simbólicas—, entre la exitosa guerra de Irak de 1991 y los atentados del 11 de septiembre de 2001). Pero no más. Sin embargo, en círculos políticos, periodísticos y estudiantiles (y, a veces, hasta militares) se mantuvo la ilusión del presunto unipolarismo hasta fechas bastante recientes. En cambio, en la actualidad, eso ya es insostenible: una resiliente Rusia no fue disuadida por Estados Unidos ni la OTAN en febrero de 2022 (eso es un hecho, poco compatible con un presunto unipolarismo) y luego, tras enfrascarse en una guerra contra un Estado de gran extensión y más de treinta millones de habitantes, ha soportado sanciones, ha puesto cientos de miles de tropas sobre el terreno y no ha podido ser derrotada, ni militar, ni diplomáticamente, pese a los esfuerzos de la OTAN y la Unión Europea.

Descartado el unipolarismo, el reto para los próximos meses, quizá años, será dilucidar si se está entrando en un mundo multipolar (explicación más fácil y socorrida, que se leerá por doquier) o incluso en un mundo bipolar, en el que se enfrentan dos bloques antagónicos, si bien uno de ellos es bicéfalo. Tampoco carecerán de sentido las hipótesis que hablarán de dos aspirantes a hegemonía, uno para aprovechar y hasta extender el *statu quo* (Estados Unidos) y, otro, revisionista (China), más un tercer Estado que actuará como árbitro (Rusia), si se asume que no es equidistante. Lo que de por sí augura un futuro incierto a la candidatura norteamericana a hegemonía y da alas al revisionismo.

Conclusión

A nivel teórico, lo que se ha caído es el paradigma de Fukuyama del final de la historia, elaborado en el momento de euforia etno-

céntrica que acompañó la caída del muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética. Putin no es odiado en Occidente por la guerra de Ucrania, sino por resistirse a aceptar el diagnóstico de Fukuyama.

Una vez descartado, ante las evidencias, un escenario *fukuyamiano*, habrá que (re)tomar en consideración la hipótesis alternativa de Huntington. Si se puede hablar de mundo bipolar, la explicación residirá en la teoría de Huntington, una vez pasada por el cedazo de la de Duguin. En definitiva, partiendo de la existencia de diversas civilizaciones, depositarias de otras tantas formas de entender la vida, lo que aporta el ruso es la intuición de una alianza de todas las que defienden (cada cual a su manera) la tradición, contra la que reniega de ella, que es la occidental, ciertamente liderada por Estados Unidos).

Josep Baqués Quesada
Profesor del departamento de Ciencia Política
Universidad de Barcelona (UB)

3.2 «La ambición estratégica de la Federación Rusa»

Autor: coronel José María Pardo de Santayana y Gómez-Olea

Resumen

El Kremlin ha actuado en Ucrania impulsado por los dos principales vectores estratégicos tradicionales de Rusia: el acceso a los mares cálidos con su corolario de temor al cerco y la aspiración a ser reconocida como gran potencia. En estos momentos que se ha iniciado un incierto proceso de paz, sus ambiciones estratégicas son claves para intentar comprender la enorme dificultad a la que se enfrentan los potenciales escenarios de paz. El presidente Trump tiene prisa, se juega su prestigio y Putin quiere aprovechar esta circunstancia para alcanzar el máximo de sus aspiraciones estratégicas, lo que no hará nada fácil la culminación del proceso de paz. Al mismo tiempo, Europa corre el peligro de quedar marginada de las grandes decisiones. No está claro cómo va a acabar todo este proceso ni se puede excluir que, en vez de resolverse la guerra, se produzca un recrudecimiento o incluso una situación de extrema tensión.

Palabras clave

Estrategia, Federación Rusa, Guerra de Ucrania, conversaciones de paz, presidente Trump.

Cómo citar este documento

Pardo de Santayana, J. (2025). La ambición estratégica de la Federación Rusa. *I Jornadas Geopolíticas del IEEE*. Segovia, La Granja de San Ildefonso.

En un momento en que se han iniciado unas complejas e inciertas negociaciones de paz en la guerra de Ucrania, es importante conocer las ambiciones estratégicas del Kremlin para entender este proceso e intentar prever los posibles escenarios de futuro.

Rusia es un país constreñido por la geografía. Así, desde Pedro el Grande la búsqueda de salida a los mares cálidos ha sido uno de sus vectores geoestratégicos principales con la doble vertiente:

- Expansionista, que ha producido rivalidades y temores con todos los vecinos,
- y de preocupación porque el país se pueda ver cercado, que, junto con unas fronteras muy extensas y difíciles de defender, le inducen un acusado sentido de inseguridad.

La expansión de la OTAN con la incorporación de Ucrania y, en su día, también de Georgia se interpretó en Moscú como una potencial maniobra de cerco.

En su renombrado libro *El gran tablero mundial*, en 1997, cuando apenas se daba valor geoestratégico a la Rusia de Yeltsin, Brzezinski ya escribió que Rusia tenía grandes ambiciones geopolíticas y seguía siendo un actor de primer orden (Brzezinski, 1998). Afirmó, igualmente, que Ucrania es un pivote geopolítico y que su independencia modifica la naturaleza misma del Estado ruso porque sin ella Rusia deja de ser un imperio en Eurasia. De ese modo, la relación que Moscú mantenga con Kiev resulta determinante para sus aspiraciones de ser reconocida como una gran potencia.

La necesidad —e incluso el derecho— de ser una gran potencia es el segundo gran vector de la geoestrategia rusa que, junto con

el anterior y un arraigado sentido de la historia, constituyen los fundamentos de la ambición estratégica tradicional rusa que el presidente Vladimir Putin ha hecho suya.

En 2017, cuando la Federación Rusa ya se había implicado de lleno en su reforma militar y había mostrado una clara determinación en la persecución de sus objetivos geopolíticos, el informe *Russia Military Power: Building a Military to Support Great Power* de la Agencia de Inteligencia de Defensa de Estados Unidos, destacaba, asimismo —como claramente indica su título—, que la defensa de su condición de gran potencia era el objetivo central de su reforzamiento estratégico (Defense Intelligence Agency, Washington, 2017).

La Estrategia Nacional de Seguridad de la Federación Rusa de julio de 2021 declara en su primer párrafo¹:

«La política integrada de la Federación de Rusia de fortalecer la capacidad de defensa, la unidad interna y la estabilidad política, la modernización económica y el desarrollo del potencial industrial ha fortalecido la condición de Estado soberano de Rusia como país capaz de llevar a cabo una política exterior e interior independiente y de resistir eficazmente los intentos de ejercer presión externa».

Únicamente una gran potencia puede llevar a cabo una política exterior e interior independiente y resistir eficazmente los intentos de ejercer presión externa sobre ella.

A continuación, afirma: «La Constitución de la Federación de Rusia establece los valores y principios fundamentales que constituyen los cimientos de la sociedad rusa, la seguridad nacional y el desarrollo ulterior de Rusia como Estado social de derecho». Con ello, el Kremlin muestra su rechazo inequívoco a que desde Occidente se quiera ejercer cualquier tipo de influencia o injerencia en asuntos de valores.

El tercer párrafo continúa declarando: «Únicamente una combinación armoniosa de poder fuerte y bienestar humano asegurará la formación de una sociedad justa y la prosperidad de Rusia». Se expresa, con ello, cómo ha puesto de manifiesto la guerra en Ucrania la confianza en el empleo de la fuerza y la centralidad del bienestar material de la sociedad para la legitimidad del sistema de poder ruso. Esta es la razón por la cual, en todo momento,

¹ Disponible en <http://static.kremlin.ru/media/events/files/ru/QZw6hSk5z9gWq0pID1ZzmR5cER0g5tZC.pdf>

Putin ha mostrado especial preocupación porque la guerra no afecte de modo sustancial el modo de vida en las principales ciudades rusas.

En diciembre de 2021, Dimitri Trenin escribía en *Foreign Affairs* que existía una asimetría significativa en la importancia que Occidente y Rusia atribuyen a Ucrania y que Washington carga con una promesa a Kiev que ambas partes saben que no puede cumplir: «Rusia, por el contrario, considera a Ucrania como un interés vital para su seguridad nacional y se ha declarado dispuesta a utilizar la fuerza militar si ese interés se ve amenazado» (Trenin, 2021).

Iniciada la guerra, en la misma revista Liana Fix y Michael Kimmage defendían (Fix y Kimmage, 2022):

«Aunque el Ejército ruso había ganado sus batallas en 2014 y 2015, el Kremlin estaba perdiendo la guerra por el futuro de Ucrania. Putin creía que derrocar rápidamente al gobierno de Kiev transformaría este estado de cosas y haría retroceder a Ucrania hacia Rusia, castigando a los socios europeos y estadounidenses de Kiev. En su opinión, una invasión no desembocaría en una guerra más amplia porque Europa y Estados Unidos solo estaban comprometidos superficialmente con Ucrania».

Una vez estabilizada la guerra y habiendo mostrado Ucrania una capacidad militar inesperada y asombrosa, en marzo de 2023, el Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa justifica su derecho histórico a ser una gran potencia y uno de los centros de poder de un mundo multipolar²:

«Rusia, habida cuenta de su contribución decisiva a la victoria en la Segunda Guerra Mundial, así como de su papel activo en la construcción del sistema moderno de relaciones internacionales y en el desmantelamiento del sistema mundial del colonialismo, actúa como uno de los centros soberanos del desarrollo mundial y ejerce su misión históricamente única de mantenimiento del equilibrio mundial de poder, establecimiento de un sistema internacional multipolar y garantía de condiciones para el desarrollo de la humanidad pacífico y progresivo sobre la base de la agenda unificadora y constructiva».

Dicho documento desarrolla, igualmente, un potente relato que, con el objetivo de alejar a los países del llamado Sur Global de la

² Disponible en: https://mid.ru/es/foreign_policy/official_documents/1860586/

influencia de las potencias occidentales, presenta la estrategia de estas últimas como una continuidad de la voluntad colonialista e imperialista de dominio y explotación del resto del mundo. Con ello, Moscú pretende reducir el impacto de las sanciones y contrarrestar la estrategia occidental de aislamiento de las potencias revisionistas (Pardo de Santayana, 2022).

Posteriormente, Thomas Graham explicaba que Putin sigue insistiendo en que todos sus objetivos se cumplirán: debilitar o romper los lazos de Ucrania con la OTAN, frenar el nacionalismo ucraniano y ampliar las conquistas territoriales (Graham, 2024).

«Putin ha hablado poco de sus ambiciones territoriales. Cree fervientemente que rusos y ucranianos son un solo pueblo y que Ucrania solo puede prosperar en asociación con Rusia. Ha hablado de su deseo de recuperar las “tierras históricas” de Rusia sin especificar cuáles son, aunque es evidente que incluyen al menos partes de Ucrania».

Como ha explicado ampliamente John Mearsheimer, el Kremlin evalúa una derrota en la guerra como una amenaza existencial (Mearsheimer, 2023) y Robert Kaplan considera igualmente que una Rusia desestabilizada podría conducir a escenarios aún más peligrosos que los actuales (Kaplan, 2022). En las circunstancias que conocemos, se puede dar por seguro que la Federación Rusa no detendrá la guerra mientras considere alguno de sus principales objetivos estratégicos amenazados. Esto, normalmente, hará que las negociaciones se alarguen y que las diplomacias implicadas, especialmente la rusa y la estadounidense, se tengan que emplear a fondo. En dicho sentido, la rusa es más experimentada, cuenta con personal altamente cualificado y utilizará todo tipo de recursos para alcanzar sus objetivos:

- La neutralización de Ucrania es un tema en el que el Kremlin no hará concesiones.
- Su desmilitarización es una cuestión más difícil de determinar y será uno de los aspectos más complejos de la negociación, condicionará algunas capacidades militares, particularmente la artillería de largo alcance y podrá afectar de forma distinta a unos territorios y otros.
- Las concesiones territoriales serán un tema crucial en el que es difícil saber hasta dónde llegará Rusia. Ucrania saldrá, sin duda, perdedora. De Crimea no hay nada que discutir. El Kremlin ha afirmado, además, que las cuatro provincias anexionadas en septiembre de 2022 (Lugansk, Donetsk, Zaporíyia

y Jersón) deben incorporarse en su totalidad a la Federación Rusa, lo que exigiría que Kiev entregara a Moscú partes de dichas provincias que no ha conquistado militarmente. Esto, además, crearía una cabeza de puente al norte del río Dniéper que haría la línea de contacto más difícil de defender por parte rusa, pero le facilitaría futuras operaciones con la vista puesta en Nikolaiev y Odesa.

- Odesa es, además, una fijación rusa —argumentada por razones históricas— porque su posesión reforzaría el dominio de Moscú sobre las costas del mar Negro y haría a Ucrania dependiente de Rusia para sus exportaciones por vía marítima. Esto permitiría al Kremlin condicionar las políticas de Kiev y, en caso de reanudarse la guerra, serviría de base junto con la Transnistria para una mayor conquista territorial.

La consecución de las ambiciones estratégicas del Kremlin supondría una derrota de Ucrania en toda regla. En Moscú, se piensa que Washington tiene prisa y se sabe que su prioridad es otra: poder centrarse en China sin que la guerra de Ucrania le detraiga recursos materiales y energías políticas, al tiempo que una mejor relación con Moscú le facilitaría a Washington el juego de equilibrios globales, dejando atrás consideraciones de valores. Putin está dispuesto a hacer concesiones en otros lugares del mundo y el tema de las sanciones económicas no es, de momento, su prioridad.

Incluso para Trump, las máximas pretensiones rusas supondrían un trago amargo y un signo de debilidad. Para Europa, en general, resultaría una profunda frustración y el peligro de una ruptura interna por las diferentes posiciones que se puedan producir. Del mismo modo, se puede agravar la ya tormentosa relación entre las potencias europeas y el presidente estadounidense.

Por todo ello, se puede concluir que quedan unos meses muy complejos por delante, donde las ambiciones estratégicas del Kremlin pugnarán por conseguir el máximo posible, mientras que Trump tendrá que defender su prestigio y su influencia para aparecer frente al mundo con cierto control de la situación y Europa hará lo posible por no quedar excluida de las grandes decisiones. No está claro cómo va a acabar todo este proceso ni se puede excluir que, en vez de resolverse la guerra, se produzca un recrudecimiento o incluso una situación de extrema tensión.

José Pardo de Santayana
Coronel DEM
Profesor asociado del IEEE

3.3 «Conflicto en Ucrania». Resumen del debate

Recopilación efectuada por el moderador: profesor
Luis V. Pérez Gil

El 24 de febrero de 2022, el sistema de seguridad europeo saltó por los aires. Ese día, una de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (el directorio mundial), por tanto, uno de los principales creadores del Derecho internacional y, además, poseedora del mayor arsenal de armas nucleares del mundo que es Rusia, decidió recurrir al uso de la fuerza para tratar de solucionar un problema de seguridad que había identificado en su dirección estratégica occidental. Su objetivo inicial era buscar el sometimiento de Ucrania con el menor uso de violencia posible y con la mayor eficacia con los medios empleados. Pero sus planes para lograrlo fracasaron.

Asimismo, el inicio de la invasión rusa contra Ucrania puso también sobre la mesa el fracaso de la disuasión. Ni Estados Unidos, ni la OTAN, ni Occidente como bloque de poder fueron capaces de impedir que los dirigentes rusos dieran el paso decisivo de recurrir al uso de la fuerza en el mismísimo continente europeo. Pero no solo eso, los recursos de poder militar que pusieron sobre la mesa fueron lo suficientemente convincentes (disuasivos) como para que ninguna potencia occidental o grupo de países acudiera en socorro de Ucrania. Se pueden cantar loas y hacer declaraciones grandilocuentes sobre la ayuda occidental, pero la agresión rusa fue enfrentada por los propios ucranianos, por su gobierno, sus fuerzas armadas y su pueblo que, en la mayor parte del país se opuso a la invasión. Su voluntad de vencer impidió el éxito de la operación inicial rusa, pero con la misma se vio arrastrada a una guerra larga para la que ninguno de los dos bandos estaba preparado, aun a costa de perderlo todo e impuesta por intereses mayores.

La guerra en Ucrania, además de una guerra por la independencia nacional, sobre todo es un conflicto entre grandes potencias en su pugna por el poder, la influencia y la supremacía. Es decir, se trata de una guerra por delegación o *proxy war* en la terminología anglosajona. Entonces, tristemente, adquiere todo su sentido la frase (de múltiples atribuciones, pero, probablemente, del ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov) de «combatir hasta el último ucraniano».

Un cambio de gobierno en Estados Unidos ha provocado un giro dramático en el apoyo a Ucrania, pasando de ser el máximo sostenedor de su esfuerzo de guerra a sentarse con el agresor y comenzar a negociar una nueva distribución del poder (al menos) regional, donde el *affaire ukrainienne* no es más que otra pieza en un intercambio de posiciones entre actores consumados que tienen como objetivo fundamental mantener el *statu quo*. Estados Unidos lo hace para centrarse en el Indo-Pacífico, donde considera que se juegan verdaderamente sus intereses de seguridad nacional, y Rusia, para conseguir el reconocimiento de una esfera de influencia cercana que le permita superar su dilema de seguridad y potenciar el desarrollo económico nacional a largo plazo. Son los intereses de las grandes potencias en términos *morgenthauianos* y, por su propia naturaleza, los que se imponen al resto de los actores del sistema internacional, que solo pueden asentir u oponerse, aunque, en este caso, se exponen a la aplicación del poder de convicción o coercitivo de aquellas. Es lo que muestra la realidad internacional y ninguna teoría que la niegue es válida porque no resiste la prueba de falsación (criterio de científicidad).

Ese cambio brusco estadounidense (contraintuitivo con los valores occidentales) también sirve para poner de manifiesto que el sistema internacional globalizado se encuentra inmerso en un proceso de transición acelerado hacia un nuevo orden mundial, de una naturaleza y unas características que se desconocen actualmente. La gran duda es saber si este cambio se puede gestionar de forma pacífica (entiéndase sin un conflicto entre grandes potencias) o se producirá como consecuencia de un enfrentamiento decisivo entre ellas, como enseña de forma persistente la historia de las relaciones internacionales. También se planteó si el mundo que surja, con guerra o sin ella, será globalizado o se volverá al regionalismo. Pero, además, hay una preocupación, incluso mucho mayor desde la perspectiva europea, de hecho, el resultado final de esta pugna por el poder y la hegemonía mundial implique o suponga la desaparición de la democracia tal como la conocemos. Ese es un gran riesgo y también un gran temor para el que tampoco existe una respuesta en estos momentos.

Estas y otras cuestiones se trataron en las ponencias antes editadas y durante el debate. Él mismo comenzó discutiendo sobre la influencia de las doctrinas del filósofo y politólogo ruso Alexander Duguin en la concreción de las ambiciones estratégicas rusas con su enfoque nacionalista basado en las tesis del euroasia-

nismo, aunque se considera que dicha influencia es anterior al conflicto de Ucrania. A continuación, se planteó dónde se sitúan las fronteras rusas y hasta dónde llega su pretendida esfera de influencia, que, en todo caso, estaría por definir en un hipotético acuerdo general de ámbito mundial que pusiese fin al conflicto de Ucrania. Para responder a esta cuestión es preciso tener en cuenta las nociones de territorio y de pueblo ruso, que desde la perspectiva rusa tienen contornos flexibles y, por tanto, permiten al Kremlin mantener una posición adaptable a la situación militar sobre el terreno (Crimea, Novorossiya, más adelante Odesa). No obstante, una parte de los expertos estimó que sus ambiciones políticas no quedan ahí, poniendo sobre la mesa la existencia de una amenaza potencial sobre países del Este de Europa, que son miembros de la Unión Europea (UE) y de la OTAN. Por tanto, un acuerdo de paz en Ucrania no garantiza *per se* la seguridad del resto de Europa, sino que sería preciso establecer mecanismos de contención y disuasión efectivos (garantías de seguridad para Ucrania y disuasión en el resto de Europa).

Este enfoque determina, a su vez, una cuestión fundamental que se plantea desde una perspectiva europea: cómo ve el Kremlin las relaciones con la UE actualmente, pero también cómo serán esas relaciones después del conflicto de Ucrania. ¿Serán de cooperación o de conflicto? ¿Asertivas o bajo la amenaza y la coacción por parte de una Rusia que cada vez se muestra más agresiva? La mayoría de los expertos afirma que Rusia no ve a la UE como una potencia ni tan siquiera como un actor relevante con el que sea preciso negociar directamente, al contrario de lo que ocurre con Estados Unidos (en el bando occidental) o con China o India (que en la guerra en Ucrania actúan como no beligerantes benévulos a favor de Rusia) a las que percibe como iguales.

En este escenario de búsqueda del equilibrio entre grandes potencias, ¿Ucrania tiene fuerza para seguir luchando contra Rusia? Como se puso de manifiesto, Ucrania se enfrenta a dos problemas realmente graves: uno es la caída del volumen de los suministros occidentales, principalmente estadounidenses, que no pueden ser compensados por la UE y los países europeos que mantienen su apoyo. El otro es el factor demográfico, que limita la extensión del reclutamiento forzoso entre los dieciocho y veinticinco años, lo que, junto con la emigración que se produjo al principio de la guerra, está generando una brecha creciente en el apoyo social al esfuerzo de guerra. Es un hecho que la pasión de los primeros meses, incluso del primer año de guerra,

ha ido cediendo en paralelo con los reveses militares (fracaso de la ofensiva de verano de 2023, bloqueo de la ofensiva en Kursk) y la acumulación de bajas después de tres años de guerra. Parece poco probable un colapso inminente ucraniano, pero el desgaste al que está siendo sometido el país podría llevarle a una situación insostenible y obligarle a negociar en unas condiciones realmente gravosas que dependerían de las decisiones de terceros.

Precisamente, desde ese enfoque de lucha por el poder y la hegemonía entre las grandes potencias se plantean nuevos e hipotéticos escenarios que hasta hace escasos meses eran impensables: Estados Unidos acercándose a Rusia para negociar un acuerdo global para tratar de contrarrestar a China a largo plazo o la posibilidad de que Europa se acerque de nuevo a Rusia para enfrentar a Estados Unidos, en un escenario de retirada o abandono norteamericano de la OTAN. Sin embargo, lo más probable es que Rusia, como la potencia más débil de las tres enunciadas, trate de entenderse con las otras dos y busque mantener un equilibrio estable con ambas, lo que contribuiría a su objetivo estratégico principal: el mantenimiento de su reconocimiento como gran potencia, con la que es necesario hablar y alcanzar acuerdos para ordenar el sistema mundial.

El fin negociado de la guerra (si se alcanza algún tipo de acuerdo explícito) parece que fortalecería la posición rusa, aunque por el camino deberá resolver importantes problemas como son la transición de una economía de guerra hiperestimulada con recursos públicos (actualmente entre el 10-12 % del PIB se destina a financiar la guerra) a una economía de posguerra o cómo aplicar la innovación y el desarrollo tecnológico en un sistema económico controlado por un grupo reducido de individuos que responde única y exclusivamente al poder presidencial.

En su relación con los actores menores, Rusia cuenta con importantes capacidades para llevar a cabo campañas informativas (*Foreign Information Manipulation and Interference*). De este modo, la UE y sus Estados miembros tienen que estar preparados para protegerse frente a las acciones rusas en la zona gris, que no son de conflicto abierto, sino que están dirigidas a atacar la estabilidad de los países e instituciones objetivos. En consecuencia, será necesario realizar importantes inversiones en el dominio cognitivo para tratar de garantizar la estabilidad interna de Europa frente a la propaganda rusa. Pero Europa no puede (no debe) depender de lo que hagan otros, sino que se deben adoptar las medidas necesarias para fortalecer la resiliencia en un

escenario estratégico que se degrada rápidamente y en el que, como se ha señalado más arriba, las grandes potencias buscarán acuerdos mutuamente beneficiosos, incluso de espaldas a sus propios aliados.

Aquí es donde se entrelazan o entran en juego cuestiones relacionadas con la economía política internacional, las nuevas relaciones entre Occidente, por un lado, y «el resto», por otro (potencias revisionistas, potencias regionales, países del Sur Global), que han creado y están expandiendo nuevos foros e instituciones internacionales (BRICS, Organización de Cooperación de Shanghai u OCS y Asociación de Países del sudeste Asiático o ASEAN) que buscan degradar el poder occidental generando una nueva distribución del poder que sea favorable a sus propios intereses. De nuevo, la mayoría de los expertos consideran que para hacer frente a este escenario de cambio mundial es necesario reforzar la cohesión de la UE, con o sin hegemonía económica estadounidense.

*Luis V. Pérez Gil**

Doctor en Derecho con Premio Extraordinario
Teniente RV (ET)
Analista IEEE